

MEMORIA, HISTORIA Y NARRACIÓN



Memoria (1999), de Julia Hidalgo Quejo

La memoria viene ocupando desde hace ya décadas un lugar cada vez más relevante en el pensamiento contemporáneo en ámbitos en los que se venía hablando más bien de historia y conciencia histórica. Y es que desde el momento en que se asume una crítica epistemológica, ética y política de la construcción del relato histórico, así como de su incidencia crucial en los contextos y la identidad de cada época y cada pueblo, la idea de lo histórico replantea cuestiones vitales que apelan a una noción de memoria colectiva e histórica y a cómo esta va tejiendo identidades, convicciones y también sentimientos, o bien generando tabúes o reprimiendo sucesos. Tiene lugar así una revisión de la historia como testimonio, memoria y relato que requiere una íntima cooperación tanto de la tradicional teoría y filosofía de la historia como de otras muchas perspectivas provenientes de la crítica de las ideologías, la teoría de la literatura y la estética o la antropología, en todo caso presididas desde una atenta reflexión ética sobre la condición humana y su lidia con el mal, la barbarie y la violencia victimizante que de modo irreversible viene dándose desgraciadamente en la convivencia humana y la sociedad en todos los tiempos.

Este año abrimos el volumen en un nuevo formato más extenso para los números ordinarios, y lo hacemos con un conjunto de contribuciones en torno a esta reconsideración de la noción de memoria y de la filosofía de la historia, desde diversos abordajes de temas ético-políticos de primer orden y variadas perspectivas antropológicas, narrativas, estéticas y jurídicas, en algunos casos desde contextos culturales muy precisos. Así el primer artículo nos ilustra sobre la idea de *memoria comunitaria* como una creación colectiva y transformadora, que libera y refuerza la cohesión e identidad de la comunidad; esta concepción se opone a la llamada *memoria oficial* que presenta relatos impuestos y manipuladores, al servicio de la ideología dominante. Esto se analiza en el actual contexto colombiano. La importancia del elemento narrativo y literario en la formación de la identidad y el mismo *ethos* se pone de manifiesto en los tres estudios finales: el último destaca y analiza el uso de la tradición literaria (épica y trágica, sobre todo) por parte de Aristóteles en su *Ética a Nicómaco*, y a la luz de sus escritos sobre poética y también sobre la memoria, revelando al estagirita como un filósofo que no descarta la ayuda e iluminación de lo narrativo en la reflexión ética. El quinto estudio plantea la cuestión de la reconstrucción de la historia desde la denominada *posmemoria* (transmisión generacional de la memoria) y la *literatura ectópica* (la escrita fuera del lugar de origen), abonando así la relevancia de la ficción literaria como elemento reconstructivo en la misma conciencia histórica. El penúltimo estudio en esta línea nos ofrece una comparativa entre Dostoievski y la escritora norteamericana C. McCullers en torno a su tratamiento del aislamiento espiritual, la incomunicación y el dolor.

Cuando lo acontecido rebasa el nivel de hecho externo y nos provoca sufrimiento y pasión, no puede por menos que hacer aparición la expresión humana y el factor estético. En este sentido la misma revisión de las funciones del arte, de la que se ocupa el cuarto estudio, dedicado a las aportaciones de Jon Elster en torno al valor artístico, pone en evidencia el alejamiento de algunas corrientes del arte contemporáneo respecto a la función primordial del arte de provocar emociones en toda su amplitud. Con independencia de la discusión teórico-artística, en el ámbito ético-político parece claro que la implicación vital de los acontecimientos ha puesto de relieve la importancia del testimonio, de lo experiencial y del relato, también de la misma subjetividad como elementos históricos y comunitarios. En este sentido quizá destacan las grandes filósofas del siglo XX, como Simone Weil, a cuya crítica de la civilización, devenida en barbarie, se dedica el cuarto artículo, o Edith Stein, que junto con Jan Patočka son estudiados en el segundo artículo en lo que respecta a las íntimas relaciones entre su pensamiento, las difíciles circunstancias socio-políticas que tuvieron que sufrir y su mismo testimonio. El primer estudio versa sobre otra gran pensadora como Hannah Arendt y desvela las relaciones posibles de su pensamiento político con el contexto de la Guerra Fría.

El análisis de la historia desde todas estas coordenadas aporta elementos éticos y jurídico-políticos que si bien ya son conocidos cobran creciente relevancia. Así el sexto artículo presenta una visión crítica y alerta del posible abuso de los conceptos de *víctima* y *victimización* en nuestro presente, tan sensibilizado con los testimonios callados de las víctimas de diferentes ámbitos de gran impacto social y moral (maltrato de la mujer, pederastia). El quinto artículo nos ofrece un profundo análisis de la idea de *reconocimiento*, a partir de elementos clásicos (Sófocles) y judeo-cristianos para examinar la célebre noción hegeliana de *Anerkennung* en sus límites y haciendo nuevas propuestas. El segundo estudio aborda el importante problema de la *colonialidad judicial* y el *pluralismo jurídico*, especialmente en el contexto iberoamericano, planteando la cuestión del reconocimiento constitucional de derechos y usos concretos en comunidades indígenas dentro de repúblicas plurinacionales. Este reconocimiento quiebra el modelo homogéneo ilustrado clásico, con indudables avances decoloniales, pero también con problemas, que denotarían ese conflicto entre identidades comunitarias y una memoria oficial que se pretende exigible a todos los ciudadanos.

La tarea de revisar la construcción de la memoria e identidad de la historia en toda su pluralidad se analiza también desde la importante renovación y crítica de la filosofía de la historia en su sentido más habitual, y de ello da buena muestra el tercer artículo que aborda la evolución del pensador estadounidense Hayden White, y su valoración inicial de los aspectos retóricos en la construcción del relato histórico para dar paso a las importantes implicaciones de la dimensión ético-política y la misma acción, a la vista de sus cambios en su visión del lenguaje. El tercer estudio presenta las diferentes revisiones de la concepción materialista de la historia en G. Lukács y Th. W. Adorno, ampliando la visión marxista ortodoxa abocada a un reduccionismo economicista. Desde la visión adorniana, que replantea y supera en parte la de Lukács, se apela a la necesidad de una escucha histórica de lo oprimido e invisibilizado, frente a los mecanismos de cosificación y objetivación creciente de la sociedad administrada; una asunción en definitiva política y activa del relato histórico y de nuestra reflexión sobre los hechos. El último artículo nos brinda un colofón idóneo a muchas de todas estas cuestiones presentando como proceso y casi epopeya la *formación del sentido histórico*, una empresa que con todas sus luces y sombras, la cultura ilustrada occidental ha de reconocer como suya, y por ende como una tarea aún abierta para cada nueva generación, que debería recibirla con responsabilidad, sentido crítico y mirada valiente al presente y futuro, perspectiva ineludible de toda historiografía consecuente.

Ricardo PINILLA BURGOS
Director de PENSAMIENTO